Stockholm

by hikari eternity

Category: Haikyu/ãƒ•ã,¤ã,-ãƒ¥ãƒ¼
Genre: Fantasy, Romance
Language: Spanish
Characters: Toru O.
Status: Completed
Published: 2014-09-15 21:48:55
Updated: 2014-09-15 21:48:55
Packaged: 2016-04-26 21:04:46
Rating: K+
Chapters: 1
Words: 4,972
Publisher: www.fanfiction.net
Summary: En un mundo donde la gente no sueÃ±a, las ideas son asesinas y la libertad infunde terror, Oikawa Tooru se enamorÃ³ de un chico de sudadera roja al que sÃ³lo vio por error. Obsesionado con encontrarlo, comienza a buscarlo todos los dÃ-as en la misma calle donde lo vio. Â¿PodrÃ-a hacerlo?

Stockholm

Hola gente bonita que le dio una oportunidad al fic. SÃ© que es una cosa bizarra pero tiene un trasfondo, sÃ³lo hay que leer entre lÃ-neas (que ni tanto). TambiÃ©n sÃ© que dije que harÃ-a un fic KageHina pero la inspiraciÃ³n me dio para esto y no mÃ¡s. Para quienes leen Ever dream, subirÃ© la continuaciÃ³n el prÃ³ximo fin de semana probablemente.

Este fic estÃ¡ inspirado en La Casa de las Extravagancias, fic que fue traducido del inglÃ©s por Eli and Onee-chan, y cuyo tÃ-tulo original es The House of Many Whims, la autora es BlackStar42Roses; en el fandom de KHR, es un 1827 por si a alguien le gusta. Y tambiÃ©n en la canciÃ³n que dio nombre al fic: Stockholm, del grupo Plou, parte de la banda sonora del libro Retrum, cuando estuvimos muertos de Francesc Miralles.

Espero que les guste.

Tanto las inspiraciones, como el manga en sÃ- no me pertenecen, sino a sus respectivos dueÃ±os, a quienes agradezco el haber creado algo tan genial. Yo no lucro con esto.

* * *

><p>Ãšnico<p>

_No supo en que momento iniciÃ³, pero estaba seguro de que no tenÃ-a ninguna forma de negarse a continuar. Como Alicia cuando cayÃ³ en el

agujero siguiendo un conejo. Simplemente se habÃ-a dejado arrastrar a otra dimensiÃ³n sin pararse a pensar._

* * *

><p>PodÃ-a decirse que habÃ-a sido un accidente, que todo fue la sucesiÃ³n de hechos desafortunados que culminaron con Oikawa Tooru tirado en el asfalto. La preparaciÃ³n tras bambalinas era un caos.<p>

Un hombre histÃ©rico gritando que no habÃ-a sido su culpa, que simplemente no lo habÃ-a visto pasar mientras el semÃ¡foro cambiaba del color verde al amarillo. Algo comÃºn entre los conductores. Como si en lugar de interpretar la seÃ±al de forma correcta â€“ disminuyendo su velocidad â€“ esta mutara ante sus ojos y dejara de indicar eso; diciendo simplemente "acelera". Los primeros acordes rasgando el aire de forma abrupta. Cruda.

Una jaurÃ-a de gente curiosa que se aglomeraba a su alrededor mientras esperaban a que la ambulancia llegara. Voces que eran cacofonÃ-as entre palabras de lamento, con incredulidad y negaciÃ³n: Â¿CÃ³mo alguien joven podÃ-a terminar asÃ-? Â¿Por quÃ© las personas eran unas incautas? Â¿Acaso ya nadie valoraba la vida? Â¿En quÃ© se estaba convirtiendo la sociedad que andaba por la vida a las prisas? Los crÃ-ticos desde el palco murmullando antes de que las luces se apagaran y dejaran el escenario Ãºnicamente iluminado.

El sonido inconfundible de la sirena de la ambulancia resonando chillonamente calles mÃ¡s allÃ¡. Un auto patrulla anunciando su llegada del extremo contrario.

La gran orquesta de la urgencia habÃ-a comenzado. Y Ã©l era el director.

Â¿DÃ³nde habÃ-a quedado la batuta? Oh, sÃ-, en el asfalto junto a Ã©l.

* * *

><p>Siempre habÃ-a pensado que la vida era una monotonÃ-a. Se levantaba temprano, desayunaba, se baÃ±aba, iba a la escuela, entrenaba y dormÃ-a. En resumen esa era su vida; 7300 dÃ-as de la misma forma â€“ con algunas variantes por la edad que hubiese tenido, pero siendo en esencia lo mismo â€“ un desperdicio de cierta forma. Se la pasaba pensando en el futuro, un futuro alejado. Distante y poco probable.<p>

Â¿De quÃ© servÃ-a prepararse tan arduamente para un dÃ-a que quizÃ¡s no llegarÃ-a? Cierto que podÃ-a llegar ese momento y podrÃ-a arrepentirse de no poder cumplir con sus sueÃ±os, pero eso nadie se lo aseguraba.

Inclusive llegÃ³ a creer que la vida perdÃ-a color. No en un sentido metafÃ³rico, filosÃ³fico, mÃ¡s bien que de verdad veÃ-a a blanco y negro. Como en una pelÃ-cula vieja su vida pasaba mientras era reproducida sin sonido en un cuarto oscuro donde todos estaban atentos a cada movimiento que hiciera.

Y probablemente por ello, cuando vio esa gorra fea y una chaqueta roja moviÃ©ndose entre el mar de gente se vio extraÃ±amente cautivado

por Ã©l.

Un chico cuyo cabello negro sobresalÃa debajo de la gorra. Y sobre el que la luz de despuÃ©s del medio dÃa daba de lleno sobre su pÃ¡lida piel. Pese a verlo desde la acera contraria percibiÃ³ el puchero que adornaba sus labios. Su andar ligero y despreocupado. Como parecÃa ignorar al mundo entero y como este parecÃa conforme con ello.

Su magnÃ©tica presencia se perdiÃ³ una cuadra despuÃ©s en una calle que conducÃa al muelle de la ciudad. EvaporÃ¡ndose sin dejar rastro alguno de que existiÃ³. De que Oikawa persiguiÃ³ a alguien como un acosador. Totalmente embelesado.

Â¿QuiÃ©n habÃa sido?

Una lluvia de luces que no se conformÃ³ con iluminar su camino nuevamente, ademÃ¡s le dejo el desazÃ³n de la soledad como nunca la sintiÃ³.

* * *

><p>Se diluÃa la oscuridad de la noche como pintura resbalando hacia el piso. Alguien soplaba sobre las velas que iluminaban el firmamento y se apagaban una por una.<p>

Un lunes mÃ¡s que empezaba. Una noche cualquiera que terminaba. La misma rutina de todos los dÃas.

Oikawa decidiÃ³ que la bicicleta podÃa quedarse recostada contra la pared del garaje. SaliÃ³ corriendo rÃ¡pidamente con la mochila en la espalda y el reloj moviendo las manecillas presurosamente.

No iba tarde mas Tooru creÃa â€“ sentÃa â€“ que debÃa darse prisa. Cuando pasÃ³ por la calle en la que vio al chico de sudadera roja no pudo evitar detener su carrera. El mundo dormitaba aÃºn, y sÃ³lo unos cuantos transitaban solitariamente sobre las calles. La cacofonÃa que anunciaba la vida de poblaciÃ³n permanecÃa dando acordes sueltos, el barrer de las llantas de un carro descuidado, el de los autobuses subiendo pasaje en la parada. No recordaba cuando fue la Ãºltima vez que se detuvo a apreciar algo. Lo extraÃ±a y ajena que le parecÃa la ciudad a esas horas.

Y de pronto lo vio.

Llevaba la misma sudadera roja, y ese andar sutil que lo hacÃa parecer un espejismo. TenÃa el cabello al aire, la pÃ¡lida piel luciendo traslucida al contrastar con el negro azabache de las hebras que cubrÃan su cabeza. Avanzaba sin importarle nada. Como la primera vez que lo vio.

E intentÃ³ cruzar la calle para poder acercÃ¡rsele, sin embargo, cuando intentÃ³ pasar un grupo de autos avanzÃ³, impidiÃ©ndole llegar al otro extremo. Tuvo que correr hacia la esquina, y esperar impacientemente a que el semÃ¡foro cambiara de color y detuviera los vehÃculos. Fueron los segundos mÃ¡s angustiantes que viviÃ³. No obstante, cuando pudo cruzar el chico ya no estaba.

CorriÃ³ tan rÃ¡pido como pudo hacia la direcciÃ³n que creyÃ³ conveniente, agradeciÃ³ que no hubiera tanta gente y maldijo al darse

cuenta de que nuevamente lo habÃ-a perdido.

La gente no se esfumaba, ni se desvanecÃ-a. Y no existÃ-a ningÃºn Dios malÃ©volo que conspirara para que no pudiera llegar a Ã©l. AsÃ- habÃ-an iniciado las casualidades que comenzaron a alterar su monotonÃ-a.

ComenzÃ³ a pasar mÃ¡s tiempo por esas calles, a caminar mÃ¡s lento al transitar por ahÃ-, a consumir mÃ¡s cafÃ© como pretexto para quedarse en la cafeterÃ-a desde la que se visualizaba perfectamente esa avenida. Sin posibilidad de verlo nuevamente durante casi un mes entero.

* * *

><p>LlovÃ-a bastante como cada miÃ©rcoles de todas las semanas, igual que desde que naciÃ³, igual a desde que su madre, abuela y bisabuela hubieran nacido.<p>

Por lo que no le sorprendiÃ³ que las personas en las calles anduvieran con su sombrilla protegiÃ©ndose del agua frÃ-a. Paraguas negros, grises, siempre del mismo color. Un mar de aguas turbias que se movÃ-a conforme la corriente dictara. Las botas de plÃ¡stico para proteger sus pies, los impermeables reglamentarios para no enfermar. El protocolo de la ciudad siendo respetado.

La falta de automÃ³viles era un tanto extraÃ±a. Las calles sin esos armatostes se veÃ-an mÃ¡s grandes de lo normal, la ausencia de pitidos y llantas sumÃ-a el lugar en un silencio Ãºnicamente roto por el ruido de las gotas al estrellarse contra el plÃ¡stico de las sombrillas y el ruido de los zapatos al estamparse en los charcos que se llegaban a formar.

Tooru sabÃ-a que no debÃ-a estar en la calle mucho tiempo, normalmente los estudiantes no salÃ-an ese dÃ-a de sus casas. Era como su tiempo libre. SÃ³lo salÃ-an las personas que trabajaban y aquellos que ameritaran abandonar sus hogares por razones de causa mayor. No era su caso. Pero la rutina â€“ u obsesiÃ³n â€“ lo habÃ-an llevado a presentarse al cuarto para las tres sobre la avenida.

Iba en direcciÃ³n contraria a la mayorÃ-a de las personas cuando regresaba a casa. Con un paraguas negro resguardÃ¡ndolo. MirÃ³ con anhelo la acera contraria, aquella en la que viera al chico de sudadera roja. Ã‰l estaba ahÃ-, mojÃ¡ndose totalmente. El cabello se le pegaba al rostro y salÃ-a vaho de sus labios. Se quedÃ³ un rato mirÃ¡ndole, embobado. La calle pareciÃ³ alargarse pues el chico caminaba pero no llegaba a la esquina. ReaccionÃ³ tras lo que pudieron haber sido horas y se arrojÃ³ hacia la acera contraria.

Estaba a punto de acercarse al chico del que estaba cautivado cuando una mancha pelirroja pasÃ³ corriendo a su lado. En sÃ- era un chiquillo, pequeÃ±o y delgado con un escandaloso cabello zanahoria. Llevaba una sombrilla blanca, con decenas de puntos de colores. La cosa mÃ¡s espantosa que hubiera visto nunca. La gente tambiÃ©n le ignoraba. Ã‰l no.

El chico de sudadera se girÃ³ cuando la bola de fuego gritÃ³ su nombre (Â¿CuÃ¡l era? Â¡Â¿Por quÃ© no habÃ-a escuchado?!); Oikawa pudo ver mÃ¡s de cerca su rostro. Era una faz normal. Ojos azules

impresionantemente oscuros y almendrados, nariz afilada, pÃ³mulos suaves, labios delgados. QuizÃ¡s Oikawa lo habÃ-a idealizado desde el momento en que quedÃ³ prendado de Ã©l, y pese a ser como cualquier otro le pareciÃ³ sublime.

El taheÃ±o dio un brinco y el chico de la sudadera rodÃ³ los ojos. No parecÃ-a contento, no como el pelirrojo pero no opuso resistencia cuando este se le arrojÃ³ encima y se colgÃ³ de su cuello. Y tampoco retirÃ³ la mano cuando el otro se la estrecho y empezÃ³ a tironearlo hacia la direcciÃ³n que se seguÃ-a para ir al muelle.

Tooru pudo haberlos seguido mas permaneciÃ³ de pie desde el lugar en que los vio.

* * *

><p>SÃ¡bado por la noche, el Ãºnico dÃ-a de la semana en podÃ-an visualizarse las dos lunas. Plateada y Rojiza. Juntas baÃ±aban la ciudad de luces sombrÃ-as. Aunque seguÃ-a siendo hermoso de cualquier forma, sin importar que ese dÃ-a nadie encendiera las estrellas. Como si las cerillas que ayudaran a prenderlas durante la semana se hubiesen terminado.<p>

TodavÃ-a no era tan tarde, apenas empezaba a correr el tiempo para las nueve de la noche. Y la ciudad se caracterizaba por ser tranquila. Las farolas de la calle alumbraban su camino. Esperaba tener suerte y encontrarse con el chico de la sudadera pese a que probablemente no lo distinguirÃ-a. Nadie podÃ-a ver el rojo o el plateado a causa de las lunas, esa noche su visiÃ³n reducÃ-a su gama de colores. Era molesto dado que necesitaba distinguir el rojo.

Esta vez, por eso, estaba preparado. Caminaba por la acera en que viera al chico y esperaba poder estar lo suficientemente cerca para poder distinguirlo sin necesidad de guiarse por el color de una prenda. Tooru recorriÃ³ el mismo tramo hasta las nueve y media, tiempo suficiente para convencerse de que no lo verÃ-a.

Desanimado y dolido emprendiÃ³ el camino regreso a casa, Â¿pero y si estaba en el muelle? AÃºn le quedaba esa posibilidad. RetrocediÃ³ sobre sus pasos y echÃ³ a correr en esa direcciÃ³n. DejÃ³ atrÃ¡s los edificios y casas, el escenario cambiÃ³ drÃ¡sticamente. El muelle consistÃ-a en un par de pilares de acero que sostenÃ-an un camino de metal. No existÃ-a la arena (Tooru sabÃ-a que en otras playas tenÃ-an una especie de granitos dorados sobre los que era cÃ³modo caminar, con los cuales se podÃ-an hacer figuritas, pero en su ciudad no habÃ-an), en su lugar contaban con un marco de acero que se elevaba cuando la marea subÃ-a, y mÃ¡s adoquÃ-n hasta esa muralla. Si existiese un tÃ©rmino para describir el lugar ese serÃ-a feo. Normalmente la gente no asistÃ-a al mar, decÃ-an que estaba contaminado con ideas (Â¿QuÃ© eran las ideas de todos modos?), seres libres que ellos desconocÃ-an en su mayorÃ-a, y el temerles era comprensible porque Â¿QuiÃ©n podrÃ-a saber si eran peligrosos? Arriesgarse tan estÃºpidamenteâ€¦ definitivamente nadie lo harÃ-a.

En una ocasiÃ³n Tooru preguntÃ³ por quÃ© ese lugar habÃ-a sido creado si nadie iba ahÃ-, si los exponÃ-a al peligro. Su madre gentilmente le habÃ-a explicado que ese lugar estaba ahÃ- desde antes de que la ciudad naciera, que en aquel entonces habÃ-a tenido arena â€“ de ahÃ- que buscara que era â€“ y el metal en realidad habÃ-a sido madera â€“

ese material tan escaso ahora â€“ . Si bien la gente creÃ-a que era una leyenda. La gente le temÃ-a por supuesto, pero en ocasiones el miedo infunda tambiÃ©n algo de respeto, por ello el muelle seguÃ-a en pie, solitario y temido, esperando por algo que nadie sabÃ-a que era y que dudaban que llegara.

SubiÃ³ al muelle con cierto temor, jamÃ¡s hubiera imaginado acercarse a semejante sitio por algo tan inverosÃ-mil como el estar acosando a un chico desconocido, del cual ni siquiera el nombre conocÃ-a. Anduvo por el centro del mismo, dando pasos cortos y lentos.

Esa fue una experiencia sin precedentes â€“ casi â€“, sin comparaciÃ³n â€“ con una excepciÃ³n â€“. Vio el mar en todo su esplendor, con la espuma coronando la orilla que se estrellaba contra la muralla, el agua reflejando los colores de las lunas, su suave vaivÃ©n. La luz que despedÃ-a era increÃ-ble, realmente bella. PensÃ³ que era una tonterÃ-a temerle a un lugar tan bonito, no veÃ-a ninguna idea flotando por ahÃ-, a Ã©l le parecÃ-a seguro. Se sentÃ³ en el borde del muelle, aÃºn cuidando de no caer accidentalmente. Se quedÃ³ largo rato admirando la escena, disfrutando del momento.

SÃ³lo por ello no se sintiÃ³ tan decepcionado cuando dieron las once de la noche y se resignÃ³ a que no lo verÃ-a nuevamente.

* * *

><p>Domingo por la maÃ±ana, nevaba como la costumbre dictaba. Oikawa tenÃ-a abrigo y botas cuando dejÃ³ su casa para ir al muelle. Sobre los techos de las casas un manto blanco-perlado daba uniformidad a la ciudad. HacÃ-a frÃ-o y Tooru no sabÃ-a que esperar del mar, es decir, sÃ³lo lo habÃ-a visto una vez en toda su vida y aunque le pareciÃ³ hermoso suponÃ-a que este tendrÃ-a cambios a causa de la nevada. Las cosas en la ciudad cambiaban, Â¿Por quÃ© ahÃ- no habrÃ-a de suceder lo mismo?<p>

El muelle solitario lo recibiÃ³ con el rumor del agua inquieta. ContinuÃ³ su marcha hasta el sitio en que se sentÃ³. El mar se veÃ-a de un increÃ-ble azul, no como el cielo, con ese azul desvaÃ-do, era un verdadero azul. Profundo y fuerte. Se quedÃ³ contemplando el oleaje, la espuma y como los rayos del sol vibraban a travÃ©s del agua. SeguÃ-a pareciÃ©ndole precioso. SerÃ-a perfecto si pudiera estar con el chico de la sudadera roja, era una verdadera lÃ¡stima que no supiera quiÃ©n era.

Antes del mediodÃ-a regresÃ³ a casa, tenÃ-a prÃ¡ctica por la tarde con sus compaÃ±eros y amigos y Ã©l era el capitÃ¡n, sÃ- o sÃ- tenÃ-a que estar presente. El deporte era llamado volibol, nadie sabÃ-a quiÃ©n lo creÃ³, ni cuando fue exactamente, pero era entretenido y Oikawa lo amaba, una de las pocas cosas por las que sentÃ-a verdadero afecto.

â€” Â¡Oikawa, idiota! â€” el aludido sonriÃ³ cuando escucho el tÃ-pico llamado de su mejor amigo, una persona a la que tenÃ-a en alta estima, compuso su mejor mueca de felicidad y lo encarÃ³.

â€” Â¡Iwa-chan! â€” canturreÃ³. El mirar oscuro de su amigos relampagueÃ³ en su rostro severo, lucÃ-a molesto, mÃ¡s de lo normal.

â€” Â¿A dÃ³nde se supone que has estado yendo?

â€” Â¿A quÃ© te refieres? Porque no te entiendo Iwaâ€¦

â€” Â¡No te hagas el idiota! Â¡Sabes perfectamente a lo que me refiero! Uno de nuestros chicos te vio ir al muelle Â¿EstÃ¡s loco? Â¿Es eso? Â¡Sabes que no estÃ¡ bien visto que alguien merodee ese lugar maldito! Â¡La gente ahÃ- desaparece, imbÃ©cil! Â¿O ya no lo recuerdas? â€” Iwaizumi terminÃ³ con el rostro rojo, respirando agitado y un malestar en la garganta por haber gruÃ±ido todas sus quejas. Oikawa estaba seguro de que habÃ-a sobrepasado su lÃ-mite de enojo. Iwaizumi, que era un tanto mÃ¡s pequeÃ±o que el propio Tooru, mÃ¡s normal (cabello negro, ojos oscuros, piel apiÃ±onada), le hizo pensar en que el chico de la sudadera roja no distaba mucho de ser una persona normal, comÃºn, corriente. Sin embargo, Oikawa no podÃ-a dejar de ponerle ese halo de misterio, de belleza etÃ©rea, estaba enamorado Â¿QuÃ© mÃ¡s podÃ-an pedirle?

Y sÃ-, recordaba vagamente que antes de Ã©l hubo un nÃºmero reducido de personas que empezaron a visitar el muelle, esas mismas personas desaparecieron un dÃ-a. La policÃ-a sentenciÃ³ que probablemente los seres libres se los llevaron, o que las ideas eran asesinas, por lo que la muralla creciÃ³ otro poco. Pero Tooru no esperaba terminar de la misma forma, esperaba que un buen dÃ-a viera al chico de la sudadera y entonces todo terminara, con Ã©l preguntÃ¡ndole su nombre, invitÃ¡ndolo al cine y besÃ¡ndolo antes del anochecer.

Iwaizumi, cruzÃ³ los brazos sobre su pecho, dÃ¡ndose aires de madurez y sensatez. Muy probablemente lo era, al menos superaba en ese aspecto a Tooru. Oikawa imaginÃ³ que serÃ-a de su mejor amigo si al nacer no se le hubiera establecido su carÃ¡cter, lo que serÃ-a cuando fuera mayor, imaginÃ³ (aunque Ã©l realmente no conocÃ-a el tÃ©rmino y por ende no podÃ-a llamar de ninguna forma a lo que estaba haciendo en ese instante) cÃ³mo serÃ-a si le hubiesen dado la personalidad de alguien como Ã©l, por ejemplo, cÃ³mo serÃ-a si en lugar de estar escudando sus sentimientos con gestos violentos, fuera mÃ¡s abierto, un poco cÃ-nico y otro tanto coqueto. Si en lugar de haber sido designados al Ã¡rea de deportes hubieran ido a parar al departamento de mÃ©dicos, o de bomberos. Nunca lo sabrÃ-a porque su destino ya estaba marcado, pero a Oikawa le hubiese gustado haber elegido por Ã©l mismo.

Mirando a su mejor amigo sintiÃ³ que se llenaba de desesperaciÃ³n Â¿QuÃ© le estaba sucediendo? QuizÃ¡s sÃ- estaba enloqueciendo.

â€” Â¿Por quÃ© lloras, idiota?

Tooru frotÃ³ sus manos en su rostro, ciertamente lo hacÃ-a pero no podÃ-a ponerle un nombre al sentimiento, que en realidad era una mezcla de muchas cosas que lo agobiaban. Se quedÃ³ llorando en el medio de la cancha, destrozado por dentro.

Â¿QuÃ© se suponÃ-a que continuaba en el guion?

* * *

><p>Viernes por la tarde, el cielo estaba cubierto de arcoÃ-ris que opacaban el azul descolorido normal. Oikawa se sentÃ-a mareado, suponÃ-a que con casi una semana de tratamiento ya estarÃ-a acostumbrado a las pastillas que le diera el mÃ©dico tras su crisis en el dÃ-a de entrenamiento. Lo cierto era que aÃºn se mareaba cuando

las consumÃ-a, que sentÃ-a su consciencia soporosa y que le dolÃ-an las mejillas de tanto sonreÃ-r.<p>

DeberÃ-a de ser normal, se decÃ-a, la gente debe ser feliz para contribuir al equilibrio en el mundo. Si bien no estaban exentos de accidentes para eso existÃ-an las pastillas que Ã©l tenÃ-a ahora.

Visitar el muelle no era una opciÃ³n aunque lo deseaba con un fervor que no deberÃ-a pertenecerle pero que era totalmente suyo. Un sentimiento abrasador que le carcomÃ-a desde el interior y parecÃ-a derretir su cerebro, como si la fuerza de gravedad lo llevara a ese lugar. Era vigilado por supuesto y por esas causas estaba imposibilitado para acercarse siquiera al lugar. Una pena total. Inclusive el chico de sudadera roja se ocultaba de su vista, o eso pensaba pues por lo regular lo visualizaba una vez a la semana y con ello era feliz. Estos dÃ-as, sin embargo, se limitaba a caminar, comer, dormir e ir al instituto, sonriendo porque las pastillas asÃ- lo disponÃ-an, la verdadera felicidad se le antojaba imposible para Ã©l. Se le figuraba como una quimera para el mundo entero Â¿CÃ³mo podÃ-an ser felices existiendo de esa forma? De repente se encontraba pensando que llevar a la ciudad entera a tirarse en el mar con todo e ideas y libertades no estarÃ-a tan mal. Se encontrÃ³ imaginando una vida escogida por Ã©l, tomando sus propias decisiones aÃºn si implicaban equivocaciones. Y soÃ±Ã³ (pero al igual que cuando imaginÃ³, no sabÃ-a que existÃ-a una palabra que significara lo que estaba haciendo, no estaba en el diccionario y nadie habÃ-a experimentado algo sÃ-mil. Nuevamente se dio cuenta de que algo mÃ¡s allÃ¡ tenÃ-a que haber, algo que le explicara que le sucedÃ-a.) Con un mundo donde el clima no estuviera preestablecido para cada dÃ-a de la semana, ni que todo se viera y sintiera tan sintÃ©tico. Especialmente soÃ±Ã³ con pisar la arena, contemplar el mar sin la muralla de acero, mojarse los pies con el agua que parecÃ-a imposiblemente azul, nada en un lugar que escondÃ-a tantos secretos y maravillas. Las pastillas cumplÃ-an su rol, como debÃ-a ser, y eso bastaba para engaÃ±ar a los demÃ¡s. Ã‰l era asunto aparte.

* * *

><p>PodÃ-a decirse que asÃ- terminaba todo. Con un accidente, la suma de hechos desafortunados que culminaron con Oikawa Tooru tirado en el asfalto una fresca maÃ±ana de un martes cualquiera.<p>

El hombre histÃ©rico gritando que no habÃ-a sido su culpa, que simplemente no lo habÃ-a visto pasar mientras el semÃ¡foro cambiaba del color verde al amarillo. Algo del todo cierto y que no obstante sonaba a mentira. De verdad Tooru simplemente habÃ-a aparecido en el medio de la calle, con la mano estirada, intentando en vano alcanzar al chico de sudadera roja, alguien ignorante de su existencia, a la sÃºplica implÃ-cita en su mano anhelante. Un espejismo en el medio de la calle cuando el semÃ¡foro aÃºn continuaba en verde. Sin embargo era tan comÃºn entre los conductores que el hombre histÃ©rico era a la vista de todos, el culpable.

Una jaurÃ-a de gente curiosa que se aglomeraba a su alrededor mientras esperaban a que la ambulancia llegara. Voces que eran cacofonÃ-as entre palabras de lamento, con incredulidad y negaciÃ³n. Un par de ojos imposiblemente azules, increÃ-blemente oscuros, adornando un rostro pÃ¡lido sin expresiÃ³n alguna. Una inconfundible sudadera roja cubriendo su torso. El choque de sus miradas, la

corriente elÃ©ctrica que le infundiÃ³ fuerza a su corazÃ³n para seguir latiendo. La sorpresa que se dibujÃ³ en el rostro pÃ¡lido. La inmensa felicidad que Oikawa sintiÃ³ al estar tan cerca del chico que amaba pese a no conocer nada de Ã©l.

El sonido inconfundible de la sirena de la ambulancia resonando chillonamente calles mÃ¡s allÃ¡. Un auto patrulla anunciando su llegada del extremo contrario. Y un pozo negro, sin fondo, devorando su consciencia contra su voluntad Â¡HabÃ-a estado tan cerca!

AdiÃ³s chico de la sudadera roja.

.

.

Oikawa Tooru se pensÃ³ muerto. Oscuro, frÃ-o y agobiante, le parecÃ-a lo mÃ¡s acertado para algo tan lÃºgubre como morir.

AbriÃ³ los ojos que ignoraba estaban cerrados. El blanco impoluto de la habitaciÃ³n dio de lleno en sus pupilas y por un momento quedÃ³ ciego. Cuando pudo enfocar algo fue un jugo de naranja junto al desayuno sobre la mesita que estaba a los pies de la cama, una enfermera revisaba el suero que colgaba del trÃ-pode y que estaba conectada a su brazo lastimado. Oh, seguÃ-a vivo.

VolviÃ³ a desvanecerse tras la recapitulaciÃ³n de los hechos que lo habÃ-an llevado a ese sitio.

.

.

â€” Â¿Vas a besarlo?

Un sobresalto, el colchÃ³n volviendo a su forma natural, el sonido indiscutible de un golpe seguido del quejido correspondiente.

â€”Por supuesto que no idiota. Estoy viÃ©ndolo.

â€”Muy de cerca, no crees, Kageyama â€” aquello no era una pregunta y tenÃ-a un retintÃ-n alegre y espontaneo, como una llovizna inesperada cualquier dÃ-a de la semana, obviamente menos cuando era el dÃ-a correspondiente a la lluvia â€”. Â¿Por quÃ© hemos venido a verlo?

â€”TÃº has venido porque quisiste seguirme, yo no te traje idiotaâ€¦ Es que, creo que Ã©l me vio ese dÃ-a.

â€” Â¿Â¡Verte!? Ellos no pueden vernos, son sÃ³lo humanos. Â¿Lo olvidas?

El sonido de otro golpe, un par de ellos de hecho, y un lloriqueo natural. Susurros indescifrables y el colchoncito de la pobre cama de hospital volviendo a hundirse.

â€”Lo sÃ©, pero estoy seguro de que Ã©l lo hizo.

â€”Entonces ya no deberÃ-amos venir a este sitio, si Ã©l pudo verte alguien mÃ¡s podrÃ¡ y estaremos en problemas. DespÃ-dete de Ã©l y

vÃ¡monos, Kageyama. AdemÃ¡s extraÃ±o nuestro hogar, es tiempo de regresar Â¿No crees?

Oikawa no entendÃ-a nada de lo que hablaban, pero tenÃ-a la fÃ©rrea certeza de que ahÃ- estaba el chico de la sudadera roja. AbriÃ³ los ojos de golpe. Efectivamente ahÃ- estaba. TenÃ-a el rostro cerca del suyo, tanto que Oikawa sÃ³lo necesitarÃ-a levantarse un poco para poder besarlo. Sus ojos se abrieron enormemente y el chico de fuego pegÃ³ un grito para nada varonil. Tooru le sonriÃ³ al chico y sustituyo la blancura de su rostro por un carmÃ-n adorable que se expandiÃ³ desde sus mejillas hasta las orejas.

La bolita de fuego empezÃ³ a gritar incoherencias y de pronto se desvaneciÃ³, frente a la incrÃ©dula mirada de Oikawa. Su chico de sudadera roja â€“ Kageyama â€“ mascullÃ³ una maldiciÃ³n pero se quedÃ³ quieto.

â€”Puedes vernos â€” afirmÃ³, su voz era clara y suave, lo suficiente para hacer caer en cuenta a Tooru de que era un chico joven â€” Â¿CÃ³mo puedes hacerlo? Â¡No deberÃ-as vernos!

â€”Estoy enamorado de ti â€” soltÃ³, con honestidad. El carmÃ-n del otro chico fue sustituido por un rojo intenso que le hizo pensar que Kageyama se desmayarÃ-a â€” te he seguido desde hace semanas, siempre intentado acercarme pero de la misma forma siempre desaparecÃ-as. Â¿TÃº no existes? â€” indagÃ³ con temor, si era una alucinaciÃ³n preferÃ-a morir en ese instante.

â€” Â¡Claro que existo! â€” Se quejÃ³ indignado, mordiendo su labio inferior â€”â€¦ lo que no entiendo es cÃ³mo puedes vernos. Tu gente es bastante pobre, muy temerosa y tambiÃ©n aburrida, no te ofendas pero no hay personas que puedan vernos aquÃ-. Eres el primero.

â€” Â¿Por quÃ©? Y no somos pobres, la ciudad se encuentra entre los primeros lugares del mundo como lugar para vivir perfectamente.

Kageyama emitiÃ³ una risa sarcÃ¡stica.

â€”No me referÃ-a a esa pobreza. Dime Â¿CuÃ¡ndo fue la Ãºltima vez que alguien visitÃ³ el mar, que soÃ±Ã³, imaginÃ³, que fue libre, que tuvo ideas y deseo mÃ¡s? Todos aquÃ- estÃ¡n encerrados, escondidos y conformes con ello. Por eso no nos ven, ignoran lo que les da miedo y prefieren fingir que nada ha sucedido, se conforman con lo que se les dice y no indagan mÃ¡s. AsÃ- se les enseÃ±Ã³ a vivir, asÃ- mueren y el ciclo continua. Que tÃº puedas vernosâ€¦ eso esâ€¦ bueno, sorprendente.

Oikawa pensÃ³, procesÃ³ las palabras de Kageyama y llegÃ³ a la conclusiÃ³n de que tenÃ-a razÃ³n. Y Ã©l ya no querÃ-a eso nunca mÃ¡s.

â€”Quiero estar contigo.

Kageyama volviÃ³ a explotar en colores cÃ¡lidos, tartamudeÃ³ palabras ininteligibles y empezÃ³ a caminar en cÃ-rculos haciendo aspavientos. Oikawa aprovechÃ³ para levantarse, sin importarle que para ponerse en pie el mundo diera vueltas y que el dolor punzante de la aguja en su brazo lo hicieran apretar los dientes. ArrancÃ³ la jeringuilla y detuvo el andar de Kageyama, sujetÃ³ su rostro con suavidad y le

plantÃ³ un beso sobre los labios. IntentÃ³ transmitirle su sentir, lo autÃ©ntico de su amor, sus sueÃ±os e ilusiones, y fue correspondido con una sumisiÃ³n que lo derritiÃ³. Kageyama era suave entre sus brazos, y luminoso tras sus parpados, dulce en su paladar. Era la persona de la que se enamorÃ³ sin conocerle, a la que persiguiÃ³ sin que se lo hubiera pedido y por la cual estaba dispuesto a dejar su mundo. Con todo y su ignorancia, le bastaba con saberlo suyo, con saberse correspondido. Un amor asÃ- de idealizado.

â€”En mi mundo las personas se enamoran constantemente, si vienes conmigo algÃºn dÃ-a podrÃ-as decirme adiÃ³s. O podrÃ-a ser yo quien se alejara de ti.

â€”Yo harÃ© que tu mundo sea yo. TÃº ya eres el mÃ-o. No hay forma de que vaya a dejarte, ni dejare que te alejes. Quiero ver que hay mÃ¡s allÃ¡ de la muralla del muelle, quiero ver la arena de la playa, y conocer las ideas, quiero que me enseÃ±es todas esas cosas que no conozco. Deseo estar a tu lado.

Kageyama sonriÃ³ sinceramente, el rubor de su rostro contrastaba con la severidad de sus ojos. TirÃ³ de la bata del hospital y volviÃ³ a besarlo. Oikawa sintiÃ³ que se deshacÃ-a, que su cuerpo y mente se fragmentaban en piezas de un rompecabezas y que luego una por una era colocada en un nuevo lugar por la mano de Kageyama. Como si volviera a nacer. El aliento se le escapaba por la nariz pero sus labios seguÃ-an sobre la boca del contrario. La habitaciÃ³n explotÃ³ en una lluvia de luces de colores, un torbellino de luz que devorÃ³ su consciencia. Cuando abriÃ³ los ojos â€“ porque en algÃºn punto los cerrÃ³ â€“ contemplÃ³ a Kageyama de otra forma. Su amor por el chiquillo lo hizo llorar, y el blanco y negro de la habitaciÃ³n de hospital lo hizo pensar en lo triste y vacÃ-a que habÃ-a sido su existencia.

Le hubiese gustado llevarse a Iwaizumi, porque era su mejor amigo y de cualquier forma le querÃ-a, eso era sincero, pero no podÃ-a arrancar a alguien de su mundo si este no querÃ-a. Ã‰l por su parte no podÃ-a seguir ahÃ-, encerrado. AceptÃ³ gustoso la mano que Kageyama le ofrecÃ-a.

Al momento de desaparecer no sintiÃ³ nada, ni pena, ni dolor, ni emociÃ³n. Cualquier cosa que estuviera mÃ¡s allÃ¡ del mar no se comparaba en nada al calor de la mano de Kageyama, con eso bastaba para siempre.

* * *

><p>Gracias a quien llegÃ³ hasta el final de mis desvarÃ-os. IntentarÃ© ya no escribir nada asÃ- de fumado aunque no prometo nada.<p>

Me gustÃ³ el resultado y espero que a ustedes tambiÃ©n.

Oh, y me felicito a mÃ- misma porque hace eones que no escribo nada asÃ- de largo, simplemente mi cerebro no daba para mÃ¡s.

Y si ustedes gustan dejar un review serÃ¡ bien recibido.

CuÃ-dense y nos veremos prontoâ€¦ espero.

End
file.